



Y LLEGÓ EL ADIÓS

Por Francisco Albiñana Morán

Corría el año 1964, allá por el mes mayo, y en el colegio de Santa Barbara y San Fernando: «El Alto», como le llamábamos los pínfanos, para diferenciarlo del Santiago, situado en el distrito de Carabanchel Bajo, Madrid, la vida escolar estaba siendo sometida a cambios.

Las fechas de la oposición para ingresar en la Academia General Militar, objetivo esencial de aquel internado, ya habían sido publicadas y con ellas la relación de los componentes de cada tanda, con sus días de presentación en Zaragoza. Los exámenes duraban un mes aproximadamente, pues en aquellos tiempos, además de en el reconocimiento médico, había que enfrentarse a los tribunales, de las dos últimas pruebas, individualmente, dándole vueltas a un pequeño bombo, similar a los de un bingo familiar, señalando la bolita extraída el tema con el que tenías que demostrar tu sabiduría y conseguir una nota que haciendo media con la obtenida en la prueba escrita de problemas te permitiera seguir avanzando con éxito hasta el final. Una parte del encerado, una silla, mucha tiza, un borrador, el dominio de tus nervios y tu memoria eran tus poderes en aquellos trascendentales momentos.

Cierto es que todos los aspirantes tenían señalado oficialmente su día, siguiendo un orden alfabético iniciado por sorteo; pero los pínfanos teníamos la posibilidad de alterar ese orden, eligiendo la tanda en la que preferías presentarte a los exámenes. Dicha singularidad era manejada por la secretaria de estudios del colegio, creando una relación más adecuada a sus criterios de distribución, en donde, por ejemplo, en la misma tanda, se presentarán un número similar de candidatos, seleccionados, eso sí, de acuerdo con una especie de valoración del posible éxito, pues en ella solo incluían, según su criterio, uno o dos de los mejor preparados y el resto a esperar la suerte o coger experiencia para el futuro, ya que la cruel estadística marcaba tres o cuatro años como los necesarios para aprobar la oposición.

Yo había aprobado el año anterior, con más dificultad de la esperada, el primer grupo, al que llamábamos «literarias», aprobado que te evitaba repetirlo, tocándome afrontar el segundo grupo con su análisis matemático, geometría y trigonometría. Siguiendo la costumbre del colegio, ese año me hubiesen asignado plaza en una de las secciones de clase donde te iniciaban en esos estudios aceptando que debías coger experiencia. y tenías pocas posibilidades de superarlo. Pero alguien del mando observó que se me daban mucho mejor las «ciencias» que «las letras» y me colocaron en la primera sección, donde estaban los más preparados y los mejores profesores.

Con el mencionado inicio de los exámenes de la oposición, la marcha de los primeros a Zaragoza y el final de las clases presenciales, se

consideraba el curso finalizado y dejaban que cada uno estudiara a su aire, más o menos, siguiendo el clásico esfuerzo de la última hora, recuperar lo que no se había hecho durante el año y tratar de vencer la inseguridad e inquietud que producía el pensar que todo te lo jugabas a una carta. A pesar de esa zozobra, yo me encontraba entre los esperanzados optimistas y soñaba con vestir el uniforme militar al año siguiente.

Pues fue el caso que, finalizada la última clase presencial, oídos los repetidos y sabios consejos de D. Ángel Lobo, entrañable profesor de Geometría, sobre como exponer en la pizarra el tema que nos deparara la bolita de manera que pareciera que sabias más y le gustara al tribunal, a alguien se le ocurrió proponer una fiesta de despedida al día siguiente por la tarde, ya que al otro partía la primera expedición.

Se aceptó con cierto entusiasmo la propuesta y se pasó a hacer la colecta que financiara la oportuna bebida. La colecta no estuvo mal, pero surgió un problema, pues estando prohibida la introducción y consumo de bebidas alcohólicas en el colegio, había que buscar el medio para abastecernos de manera furtiva. Una solución la brindaban los que, autorizados a pasar consulta en el cercano hospital militar, abandonaban el centro sin vigilancia y volvían a él sin horario previsto.

Casualmente el que escribe estas letras tenía que hacerse una revisión de la vista y junto a mi gran amigo Álvaro Rivera, «Alvarito», del que no recuerdo cuál era su dolencia. Estábamos autorizados a ir al hospital el día señalado. Y cumplimos como los mejores, con el dinero global y la lista consensuada de ingredientes para la fiesta, lo que menos hicimos fue preocuparnos del tema sanitario. Varias bolsas camufladas entraron en el colegio y esperaron su oportunidad ese día, que llegó cuando en el último estudio de la tarde, ya sin vigilancia, comenzó la fiestecilla. En un principio la cosa era comedida, las conversaciones, proyectos y deseos de suerte eran entrañables, pero el alcohol fue haciendo de las suyas y pasamos a liberar restricciones, perder la discreción, acabando desfilando por el patio, a voz en grito, al son de la canción: «Viejo Trapillo, mi mejor compañero, pronto presiento que te voy a dejar, un uniforme, más fardón y elegante me espera en el Pilar...», muy adecuada para el momento, hubo incluso uno que se cayó a una zanja.

El asunto, lógicamente, no finalizó con la resaca. A la mañana siguiente, después de desayunar, Alvarito y yo fuimos llamados al despacho del coronel director, alias «El Zupo», que, si siempre estaba de mal humor, en esta ocasión se superaba.

Imaginaros la escena: Los dos perfectamente firmes separados un par de metros de la mesa de despacho ocupada por el furioso coronel, al que le dábamos frente, muy serios, mientras nos echaba una descomunal bronca donde abundaban las palabras «disciplina», «desobediencia», «alteración del orden», «abuso de confianza», «carrera militar», «expulsión» ... cuando a mi amigo Alvarito, no se le ocurrió otra cosa que interrumpirle para decirle: ¿Pero a usted quien le ha dicho que fuimos nosotros?

Noté que al director se le inflamaban las venas del cuello, se le entrecerraban los ojos mirándole fijamente, y atónito por semejante insolencia, se irguió repentinamente cogiendo un cenicero de cristal lleno de colillas que tenía delante, levantándolo para tirárselo. Fue un error, pues al verticalizar el brazo, el cenicero quedó boca bajo y las colillas se le empezaron a introducir por la manga de la chaqueta. Pienso que alguna debía de estar encendida todavía pues de forma inmediata, lo volvió a dejar en la mesa y empezó a agitar el brazo hacia abajo tratando de expulsarlas. La escena era insólita y ciertamente cómica, tanto a mi buen amigo como a mi nos entró la risa que tratamos de controlar, pero no fuimos capaces de evitar una contenida sonrisa, lo que exasperó mucho más al apurado coronel, que señalando la puerta con la otra mano y a la voz de: «Al calabozo», nos echó del despacho.

Entrando por la puerta principal del edificio y girando hacia la derecha camino del comedor, en el lado izquierdo, había una gruesa puerta con una mirilla que permitía ver en su interior una habitación sombría con un espacio libre en su lateral izquierdo que llegaba hasta la única ventana, enrejada, desde la que se veía el patio trasero, el del frontón. En su lado derecho se observaban abiertas cuatro puertas similares, entrada a cuatro celdas estrechas y vacías, que eran aprovechadas habitualmente como almacenillo pues, aunque todos conocíamos la existencia de esos calabozos, nunca los vimos usar como tal. Supongo que eran vestigios de aquella época anterior, cuando los alumnos estaban militarizados y hacían la mili mientras preparaban su ingreso en la Academia.

Esa fue nuestra reducida estancia durante los últimos días de permanencia en aquel colegio, no fueron muchos, pues como he dicho ya se empezaba a viajar por tandas a Zaragoza para examinarse y Alvarito tenía marcado su traslado pasados unos diez días y yo una semana después. No hubo perdón, ni volvimos a ver al director, pero experimentamos lo que era estar muchas horas encerrados cuando te apetecía salir a despedirte de Madrid en alguno de los festivos.

Pero como «Dios escribe derecho con renglones torcidos», nuestro cautiverio nos dio la oportunidad de centrarnos en los estudios de última hora, con plenitud de horario, cierta obsesión y fácil concentración. No nos quedaba más remedio que estudiar, compartíamos los problemas y nos preguntábamos el temario, ni siquiera poníamos la radio portátil o leíamos las novelas que nos habían pasado por la verja de la ventana, y afortunadamente ese año aprobamos los dos, formando parte de los dieciocho pínfanos que ingresaron en la promoción XXIII. Me hubiese gustado saber si el ínclito director se llegó a atribuir parte de nuestro mérito.

Al salir del despacho, acompañados por uno de los inspectores, pasamos parte de la mañana preparando lo necesario para el encierro; sobre todo los libros, apuntes, cuadernos... todo lo adecuado al último esfuerzo personal que se nos presentaba, pues os recuerdo que ya no había clases. Mientras tanto, alguien retiraba los trastos del arcaico calabozo y lo dejaba adecuado a la inesperada actividad que se le acababa de adjudicar. Cuando entramos por primera vez nos sorprendió ver como único mobiliario dentro de cada celda: un pupitre de los antiguos y como catre unos tablones de madera sobre unos soportes metálicos, que tuvimos que completar nosotros bajando los colchones, sábanas y almohadas de nuestras camas. Creo recordar que solo dormimos allí un par de noches, pues se dieron cuenta que era más razonable dejarnos compartir el dormitorio común por la noche, unido a las comidas y el aseo matutino. Eso sí: en cuanto acabábamos de desayunar nos encerraban y salvo la asistencia esporádica al servicio, que teníamos que solicitarla avisando al inspector de turno por medio de cualquier compañero que pasara por la mirilla, no salíamos hasta la hora de comer, para volver a ser encerrados hasta la hora de cenar. Y así todos los días hasta que abandonamos definitivamente el colegio.

Resignados, preparamos el cubículo a nuestro antojo, sacamos dos pupitres al pequeño pasillo, que tenía mucha más luz con la ventana enrejada permanentemente abierta y nos asignamos una celda cada uno para guardar las cosas que teníamos allí. Debo confesar que el aislamiento no era total, pues aparte de lo descrito, durante las horas de encierro, si necesitábamos algo, siempre teníamos la posibilidad de hablar con algún compañero a través de la ventana enrejada, que nos hacía el recado solicitado con diligencia.

Los compañeros nos trataban con aprecio, pues bien sabían ellos que habíamos pagado en solitario las consecuencias de un desmadre grupal, y fue de agradecer la especie de complicidad que se generó. Peculiar fue la espontánea costumbre de pasarse por la mencionada ventana cuando volvían de una salida festiva, saludarnos y en-

tregarnos un pequeño obsequio o recuerdo, que ellos llamaban «óbolo» se hizo frecuente. Pipas, chicles, chupachups, cigarrillos, comics... fueron los presentes habituales. Esa pequeña muestra de solidaridad nos compensaba con una sensación placentera, evidenciando el orgullo y compañerismo que suponía ser pínfano. También fue frecuente que vinieran a despedirse e intercambiar deseos de suerte cuando les tocaba el turno de acudir a Zaragoza.

El tiempo fue pasando como he relatado hasta que, al tachar un día en la hoja del calendario que teníamos pegada a la pared, nos señaló que al siguiente le tocaba partir a mi camarada Alvarito. Después del desayuno no lo vi más hasta que nos reencontramos en la Academia General cuando empezó el curso.

A partir de ese momento volvía yo solo al encierro. Echando de menos su compañía y algo deprimido, pensando en los días que todavía me quedaban en soledad, redoblé el esfuerzo en el estudio, emborroneé muchas más hojas con problemas y recité obsesivamente los teoremas de geometría y los métodos de análisis matemáticos del programa, única ayuda que te permitía el tribunal de exámenes cuando te tocaba hacerles frente.

Y también me llegó a mí el turno de viajar a Zaragoza y ocupar mi sitio en la Hospedería del Pilar, residencia de estudiantes muy cercana al templo, en la que nos alojaba el Patronato de Huérfanos mientras nos presentábamos a los exámenes, causa de nuestras inmediatas preocupaciones. El paso siguiente, aprobado o suspendido, eran las vacaciones de verano.

La tarde anterior, gocé de libertad y del tiempo suficiente para preparar el viaje: recoger todo, despedirme del 716 para pedirle amparo, dar una melancólica vuelta por las instalaciones del colegio que tantos meses había sido mi hogar, hacer la maleta incluyendo el uniforme azul con el que nos recomendaban presentarnos en la Academia para que se notara nuestra procedencia y dejarlo todo dispuesto para cuando, al día siguiente, me viniera a recoger la furgoneta militar que nos llevaba a la estación, a los señalados en la tanda,

No dormí bien aquella noche, la última. Me invadieron muchos sentimientos encontrados. A los recuerdos nostálgicos de aquel 1953 en que me presenté en el colegio de La Inmaculada, se unieron los nervios de las pruebas que me esperaban en la ciudad del Ebro, la inquietud por el futuro además de la patente y lamentable despedida de tantos años, saliendo de un calabozo.

La furgoneta fue puntual y después de cargar las maletas y despedirnos de los que aún les quedaba tiempo subimos a ella, arrancó

camino de la salida mientras yo miraba hacia atrás, para guardar en la memoria la silueta del edificio que había sido mi refugio durante tanto tiempo, donde había sacrificado, sometido a un régimen de internado, unos años en que la vida me pedía disfrutar de la libertad y albedrío de los compañeros que habían elegido estudiar una carrera universitaria. Pero no lo hice con rencor o tristeza, fue una sensación de agradecimiento y satisfacción por tantas horas vividas al lado de tantos entrañables compañeros: los pínfanos. Al pasar por el pabellón del director, cerca de la salida, tuve el presentimiento de que el adiós era definitivo, de que por fin había llegado.

NOTAS DEL AUTOR. –

Los hechos que relato fueron reales, cierto es que han permanecido escondidos en mi memoria, tratando, tal vez, de que no mermaran mis buenos recuerdos, mi reconocimiento, orgullo y satisfacción de haber sido pínfano casi once años. Pero de los tres protagonistas principales solo puedo contarlo yo, y, a esta distancia de la vida, habiendo cambiado tanto la tutela de los huérfanos de militar, pienso que merece la pena que se conozca en parte cómo era antaño esa tutela.

- «El Zupo», D. José García Tejero Añez, fallecido, fue un coronel de Infantería retirado que había accedido en 1962 a la dirección del colegio desde la secretaria de estudios, cuando cesó D. Manuel Sousa Martorell, «El Viejo», también coronel, con el que coincidía su permanente severidad en el trato, excesiva para los tiempos que corrían, y su frecuente mal humor. Si bien se comentaba que el segundo sentía por sus huérfanos una intensa preocupación de la que el primero adolecía. Eran de una generación de hombres que habían vivido de jóvenes una penosa guerra, y una posguerra muy dura, con rigurosos conceptos de obediencia y disciplina, que no habían evolucionado al mismo ritmo que la vida en los años sesenta.

En el Sahara compartí destino con su hijo, teniente de Intendencia, que no se parecía al padre y al que jamás le comenté nada.

- Alvarito, D. Álvaro Rivera Rodríguez, coincidimos varios años de internado, siendo siempre un magnífico compañero, al que aprecié como un hermano. Falleció siendo coronel de Intendencia en el 2005, después de haber compartido mucha milicia juntos. La afinidad y el aprecio que nos teníamos, no se acabó con los cuatro años de academia. Tampoco rememoramos la aventura.

- El que ha escrito esto: el 801 del Alto y coronel de Intendencia retirado, perteneciente a la XXIII promoción. Hijo de un capitán de Artillería que falleció muy joven determinando la tutela del Patronato de Huérfanos del Ejército, lo que siempre ha agradecido y le ha hecho sentirse orgulloso de ello.